

AGUSTÍN DELGADO, UN POETA EN LA HERENCIA DE LAS VANGUARDIAS

POR LUIS MATEO DÍEZ
Novelista y Fundador de Claraboya



El recuerdo de Agustín Delgado, cuando ya ha pasado un tiempo de su desaparición, no acabo de resolverlo todavía con la serenidad que permitiera algún tipo de relato o evocación. No me responde la cabeza con el suficiente sosiego siendo, sin embargo, tantas las cosas que pueden alimentarlo, ya que Agustín forma parte de una aventura vital intensamente compartida.

En las cercanías de su desaparición escribí y publiqué algunos textos, que ahora recobro. Y lo hago precisamente para una publicación y unos amigos tan cercanos a un tiempo en el que Agustín encontró algunos de los momentos más fértiles y felices de su vida.

Fue en Aranda donde discurrieron varios años de docencia y de escritura, cuando Agustín ya tenía madurada una parte fundamental de su obra. Hay muchas referencias personales en una tierra que tanto amó, y donde se sintió generosamente acogido, y entre los encuentros alegres de ese tiempo, yo debería ser capaz de rememorar algún viaje, la lectura de poemas entre amigos en la Biblioteca, la vicisitud de alguna noche más pasada que corta con Vela Zanetti, el pintor que vino del exilio y al que en León recibieron entusiasmados los todavía chicos de Claraboya.

Lo que estoy haciendo ahora mismo, cuando termino de corregir las pruebas de mi nueva novela, que se titula “La soledad de los perdidos”, es poner la dedicatoria en su primera página: “Agustín Delgado, in memoriam”. Hace infinitos años publiqué la primera, que se titulaba “Las estaciones provinciales” y también estaba dedicada a Agustín, con un inolvidable

poemilla suyo en el frontispicio: “Pelo de ceniza, tu ciudad raposa, con la luz degollada, y metida en un saco”.

De estaciones y perdiciones tiene uno la vida llena, y en el recuento de la soledad que impregna algunas de mis fábulas, ese indicio de pérdida tiene mucho que ver con el extravío de los tiempos de una juventud, no menos exaltada que desasosegada, en un país poco recomendable.

De esas perdiciones y extravíos hay muchas huellas en la poesía de Agustín. En todo gran poeta se puede contabilizar, desde la metáfora o el símbolo, lo que la vida impone, lo que la realidad recaba. En la poesía de Agustín era habitual la mirada irónica, hasta el desplante sardónico, también la severidad de un espíritu áspero, proveniente de los paisajes geográficos y de los más misteriosos paisajes del alma, aunque se tratase de un alma materialista.

El primer texto que recobro ahora apareció en el diario El País, a modo de necrológica:



Instituto de Aranda del que fue profesor Agustín Delgado

Muere Agustín Delgado el pasado once de septiembre, a los setenta y un años que confirman la adscripción generacional de los niños de la posguerra, y escucho en el recuerdo de su voz los versos de los Heraldos Negros de César Vallejo que, con los de Trilce, tanto batieron nuestra sensibilidad y conciencia: “Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé, golpes como del odio de Dios, como si la resaca de todo lo vivido se empozara en el alma, yo no sé”.

A Agustín lo consideraba José Miguel Ullán, hermano de leche reencontrado en las colas de las becas de los comedores universitarios de aquellos tiempos, “un entrañable lobo estepario”. La soledad del lobo se corresponde bien con el carácter irreductible de un poeta con convicciones, de un creador que busca la lejanía para no estar en ningún sitio, apenas donde la obra se sustancia y en el momento justo.

La vertiente entrañable de Agustín la conoció cualquiera que se le acercase, un don raro que se encuentra en la naturalidad y en la falta de afectación, en la generosidad extrema y la bondad no dulcificada.

La variante esteparia reconduce muy bien a los paisajes morales, mentales y verbales del “espíritu áspero”, una intensidad metafórica sostenida en el brillo acerado de lo que puede percibirse en este mundo y en esta vida, que da identidad a su poesía.

La querencia de Vallejo estaba muy unida al redoble de conciencia de Blas de Otero, a la voz desolada de Cernuda, a quien dedicó su tesis doctoral, y a los misteriosos vasos comunicantes que podían emparentar a Paul Celan con Sanguinetti, por el camino que Agustín descubrió y transitó muy pronto: el de las vanguardias europeas.

La vida de Agustín Delgado tuvo un itinerario muy acorde a la tensión de su obra y a lo que el viaje procura de descubrimiento: de León a Madrid, Valladolid, Málaga, Burgos, Aranda, Toulouse, París, Bruselas.

En la juventud, hace ya cincuenta años, fundó, con sus amigos leoneses, “Claraboya”, una revista comprometida que, al cabo del tiempo, mantiene un sello casi documental de



Agustín Delgado

insubmisión y desasosiego. Se doctoró en filosofía y en filología románica en la Complutense, fue catedrático de literatura española, y ocupó cargos importantes en el medio educativo.

En 2010 apareció en Trama Editorial la que podemos considerar su obra completa: “Espíritu áspero, poesía reunida, 1965-2007”. Y en 2005, Visor había publicado “Discanto”, un esclarecedor y fascinante itinerario para adentrarse en su obra, y vislumbrar la línea subterránea de una evolución tan sorprendente como secreta.

Una evolución que tiene su límite en el “san-sirolés”, conquista muy personal de experimentación e imaginación, donde el juego verbal se extrema y las significaciones, frecuentemente sardónicas, alcanzan su punto más sofisticado y misterioso. Poemas que son como estallidos, y que mantienen viva la veta de la ironía y la burla, la palabra hiriente y jocosa.

Era difícil resignarse a la condición de creador secreto, que Agustín asumía como lo más natural del mundo, y esa condición que los amigos no le perdonábamos, significa que todavía ahora, cuando se nos ha ido, siga siendo un poeta a descubrir. La distancia, la lejanía, el riesgo de la obra, el compromiso límite con lo que se hace, la convicción de hacerlo, tiene estas precariedades en el mundo cultural y mediático que vivimos, donde es imprescindible hacerse valer para valer.

Los Heraldos Negros de Vallejo resuenan sin remedio en el recuerdo de su voz compartida, pero entre tantas palabras, sentimientos y conmociones, yo elijo ahora las que mejor marcaron la felicidad de Agustín Delgado, algunos nombres propios: Esther, Agustín, Héctor y Juan.

La desaparición de Agustín vino casi a coincidir con el cincuentenario de la aparición de la revista Claraboya, en la que tuvo responsabilidades teóricas muy personales, dentro del grupo de amigos que la fundamos.

Las celebraciones del centenario de la revista, con Toño Llamas y Ángel Fierro, se convirtieron en todos los casos en directos homenajes a la memoria de Agustín.

Con motivo de la celebración se publicó un libro con la participación de “los amigos de Claraboya”, muchas firmas comprometidas en el recuerdo de lo que fue una revista generacional, renovadora, muy influyente en su momento.

Mi contribución fue un texto, muy ligado a lo que Agustín pensaba tanto tiempo después. Un texto que resume una posible significación de la

revista, que Agustín y yo evaluamos en lo que fue el prólogo a la edición facsímil de la misma, que publicó Visor, con el patrocinio del Instituto de la Lengua de Castilla y León

El texto es el siguiente, con el título en su momento de “Claraboya, un tiempo y un escenario”.

Un tiempo y un escenario que, como siempre recordaba Agustín Delgado, con la amarga lucidez que dejaba el poso generacional, nutrían aquella incipiente juventud de unos escritores que ni siquiera tenían mucha conciencia de serlo. Ese tiempo juvenil de los años sesenta se correspondía entre el lógico desasosiego vital y la radicalidad ante la situación de un país echado a perder, donde todo se filtraba desde una realidad tan acuciante como malbaratada.

Hay que reconocer en Claraboya esa cualidad de revista de aprendizaje literario, ya que de esa manera nació, de la necesidad de contrastar poemas y pensamientos, de abrir un cauce o un camino en las aventuras personales hacia otras aventuras paralelas, con los reconocimientos precisos, las búsquedas peor o mejor orientadas y las contradictorias evoluciones.



De izquierda a derecha: Agustín Delgado, Ángel Fierro, Luis Mateo Díez y José Antonio Llamas (Grupo Claraboya)

La revista expresa, y la distancia lo avala, los cincuenta años cumplidos desde su invención, esas inquietudes generacionales que van más allá de la poesía, que denotan el clima de unas vivencias y de unas determinaciones que pueden valorarse desde su variedad, como si de un periscopio se tratara. Con el aliciente de que la voluntad abierta de quienes la hacían, una mirada muy crítica al interior, a la propia herencia poética del momento, con afán renovador, y una mirada de extrema curiosidad al exterior, a la poesía que se estaba haciendo fuera, en seguida se vio correspondida con paralelo entusiasmo.

Fue casi inmediata la respuesta a una llamada tan marginal y lejana, y en el patrimonio de Claraboya no existe nada mejor que los amigos. Los amigos fundamentalmente generacionales que se sumaron a la aventura y que enriquecieron con su colaboración y aliento lo que la frágil empresa suponía.

Existió desde sus comienzos esa peculiar sintonía, un marco de complicidades que suman el espejo que desbordó lo meramente lírico, para que no fuera una revista literaria al uso sino algo más: un testimonio de ese desasosiego vital y mirada contradictoria al tiempo en que existió.

El escenario de su invención fue una ciudad de provincias, el León de aquellos años. Y el escenario, en lo inmediato y en la distancia, matiza mucho lo biográfico y no es ajeno a la conciencia de lo esquivo, a la marginalidad y el contraste de las ensoñaciones liberadoras.

La provincia, la provincia del hombre que titulaba Canetti, tiende el entramado de su persistente postración y también ayuda a las respuestas de tantas realidades paralelas. La provincia tenía su corte y el contraste casi visceral entre lo oficial y lo cotidiano. La voz de mando y las voces orilladas, los susurros y los ecos. También las rayas de tiza que componían una música árida en la frustración, el desaliento y el sueño, como Agustín Delgado reflejó en un libro. Un escenario tan penoso como simbólico, tan entrañable como desastrado, el trasunto de lo que la realidad daba de sí.

No son muy extensos los testimonios biográficos de esa época, los años sesenta, cuando

tantas cosas irrumpieron o coincidieron en los tramos finales de un tiempo histórico poco grato de recordar. Los cincuenta años de Claraboya parecen irreales, y debe tratarse de una atmósfera contaminada por la edad y las ausencias. La revista, entre otras cosas, contiene datos de ese tiempo y de la imaginación poética de quienes desde ella lo vivieron.

Al pie de la amistad, y entre tantas cosas, siempre consideré a Agustín Delgado un poeta de compañía. Y aportó finalmente algunas consideraciones al respecto, tomadas del prólogo que escribí para "Discanto", la imprescindible antología personal que publicó Visor en el 2005.

Ahora diré algo sobre ese concepto de poeta de compañía en el que se sustenta el largo débito que tengo con Agustín Delgado. Un débito, por cierto, todavía mayor desde la perspectiva de este *Discanto* que me ha permitido renovar una lectura enriquecedora y que me parece una espléndida vía de acceso o de reencuentro con su poesía.

Pertenezco a esa condición de narradores que, como diría mi padre, se hicieron hombres de provecho entre pintores y poetas. Alguien que piensa que en la poesía está el grado límite de la expresión literaria, y que acaso sea en el cuento donde puede estar el grado límite de la expresión narrativa, puede confesar con facilidad lo que a los poetas debe.

Y, entre ellos, a quienes se hicieron depositarios de una cercana y peculiar mirada sobre la realidad y la vida en el ámbito común de los descubrimientos.

La compañía no sólo conlleva la amistad, y la generosidad debida, sino la percepción de la escritura, el respaldo de lo que se obtiene y se ofrece, casi como un banco de pruebas a pie de obra y a pie de experiencia. La suerte de esa compañía tiene algo de seguro de vida, de seguro de escritura, de reto y contraste en la orientación de las búsquedas, de la complicidad en la única ambición que merece la pena, que no es otra que la de acabar escribiendo lo que se debe, sin más miramientos ni alternativas.

Desde el *espíritu áspero* de Agustín Delgado, por ejemplo, yo vislumbré Celama, un territorio imaginario que acabaría narrando sin que el vislumbre dejara de dar sentido a la oscuridad de ese Reino.

La compañía es un débito interesado y nunca me falló entre tantos poetas admirados, tampoco entre los pintores.

Admiración y amistad, ¿qué más se puede pedir...?

